

AMADO NERVO

RETRATOS DEL FUEGO

No la vibración radiante y expansiva, sí la reconcentrada y dulce. Las gradaciones de su melodía ondulaban en un delicado tono menor. Ni la estridencia de los metales, ni el trueno del timbal, y más que nada la ternura grave del violoncelo entretejiendo sus motivos a la gracia de las flautas. Me figuro la suavidad y el encantamiento con que Nervo dirigiría su orquesta interior. Allá, en los invisibles tubos espirituales donde soplan los vientos del anhelo, el poeta, más cerca del éxtasis que de la llama violenta, buscaría una serenidad celeste en la creación de la armonía. Una conmovida aspiración al arrobamiento, un sondear deleitoso de las estrellas, una sed de lo divino en el hervor del pecho, el avanzar de su proa por las zonas del espíritu puro, todo esto no se encaminaba más que por la esperanza de un final tranquilo, vértice de su ciencia humana. Tercio y fino aprendizaje de la muerte, que fué a veces un modo trágico de escamotear la vida a otras potencias y hambres de la realidad, lo retuvieron en una meditación donde a veces se le cuajaba el alma en el silencio último de la Tierra, y el ser adelantaba en fantástico arranque, su vuelo al más allá. De ese modo, viviendo en una aguda experiencia del morir y del renacer, fué filósofo de la acción interior, pues muchas veces se entregó al acto trascendente, y si su sabiduría no se organizó en doctrina, se vertió en cambio, en lírica confesión. Pero a fin de cuentas, tanto da la hondura del poeta como la del filósofo, con tal de que ambos pongan tragedia humana en la anhelada revelación de los destinos finales. Es el hombre quien lo condiciona todo. Quitadlo del arte o de la ciencia, y ambos quedan como evaporados y desprendidos de su más honda realidad. El hombre pone lo cualitativo y la singularidad llena de vida, en lo universal de la verdad y la belleza. Es así como Nervo acertó en su poema, por la tensión humana y las matizaciones íntimas que de su ser pasaron al arte. Tal vez sin esa potenciación de su personalidad, su arte hubiera desmayado muchas veces, por la laxitud y el abandono con que lo plasmaba en su verso, como si en una buena parte de su vida se hubiese cansado para la disciplina y la exigencia de la virtud formal.

Magro, y de estilizada fineza de líneas, era Nervo. Se correspondía con justeza su estructura física a su forma espiritual. Visto pocos días antes de morir, todo su rostro parecía ascender en un

melodioso vuelo místico. La altitud desnuda de la frente se fundía en una sola línea, de lividez de hueso, con el cráneo calvo. Los ojos eran hondísimos, de arcana luz en mitad de sus sombras; las sienes, descarnadas y rugosas, y como surcadas de raíces; la nariz, de fina curva de águila; el entrevisto hueso del pómulo, la fatigada amargura de la boca, detrás de cuyos rincones, dos surcos acuchillaban la mejilla, la mandíbula modelándose ya casi sin la carne de la vida, acentuaban su belleza de monje, y aún la acrecentaban más, aquella luz desprendida de los nervios y del espíritu, aquella aura que rodeaba de tembladísima idealidad todo el contorno de su ser físico, hasta revestirlo de un silencio luminoso. Y todo esto quedó estampado en dulzura en el prodigioso perfil de su muerte. La cabeza yacía con una magestad y una sencillez augustas. Al pegarse la piel en los huesos, éstos estructuraban su firme arquitectura sin denunciar todo el horror del esqueleto, pero sin esconder tampoco la blancura y la dureza de su solidez. La nariz levantábase en una curva tan alta, que fugaba de la serenidad de la frente, de la boca abismada y del seco mentón. Todo el rostro era una llama helada.

Cuando la uremia le intoxicó la sangre, en el último ataque, la muerte mostróse resuelta a llevárselo. Había sido su cantor, venía a buscarlo, y no lo aterró con su presencia. Sonreía con amor y dulzura a todos los que se le acercaban. Su espíritu resplandecía en una luz desconocida. El velo del misterio, contra el cual extremó su sed y junto al cual afinó su espíritu deseoso de atravesar su fina malla, estaba por caer: «Bueno, muy bueno»... exclamó más de una vez ¿Qué comenzaba a ver? ¿Qué claridad reveladora se abría hacia el costado hiperfísico del abismo? No obstante, no quería morir. Tal vez oscilaba. Aunque se había preparado para la muerte, anheló prolongar la vida y el extendimiento de su propia experiencia del ser... ¡Agonía, lucha entre la vida y la muerte! El pecho del hombre se transforma en campo de batalla. La sangre se niega a la entrada del frío. El corazón se agarra con fuerzas desesperadas al galopé del latido. El nervio aguza su terrible vigilancia. Algo muy fino y muy hondo comienza a desgarrarse. El nudo cede. La sombra se cuaja en las pupilas. El universo entero se afloja y cae desintegrado en la nada. ¡Es espantoso! El agonizante que aún se mantiene sereno, es un héroe. La idea de la luz, la idea del sol, obsecionan. Las tinieblas se pegan a las cosas y las devoran. Un frío quieto entra a los pies. La onda fatal avanza y traga la mitad del cuerpo. «No se molesten... No se mortifiquen por mí»... ¡Oh, suprema atención! El zarpazo obscuro va a caer y aun se piensa en las pequeñas molestias ajenas. Todo el espíritu y la delicadeza del hombre culto, que ha vencido el horror con el pensamiento, está en ese desafío a la tragedia. Nada puede romper el ritmo de la alta elegancia. La muerte ciega y estúpida parece demasiado brutal ante esa fineza de un alma noble y delicada. De pronto sube al deseo el recuerdo del trópico americano. Tepic, Michoacán, Mayarit, Jacona, México, la embriaguez del fuego, el resplandor de la vida, el encendimiento de las grandes y altas distancias. Es el último instante. El tirón de la luz, a la cual salimos

del vientre obscuro, hace decir al poeta, cuando las tinieblas iban a terminar su banquete mortal: «¿Por qué no abren esas ventanas para que entre la luz?... Yo no quiero morir sin ver el sol!... Gracias... Gracias...» Y así, en el éxtasis de un ansia luminosa, murió Nervo, el enamorado cantor de las noches!

Acabado de caer, rígido, al gran océano de la eternidad, la materia de su cuerpo se diluye y transfigura en nuevas formas, de cuyo destino nadie acostumbra ocuparse. Muerto el hombre, el hueso y la carne pertenecen a la Tierra que los prestó para sostener la actividad de un alma. El soporte físico del ser retorna a la cantera del astro. ¿Y qué importa? Nos interesa más, en los instantes en que nos sentimos capaces de creer en el gran sueño de la inmortalidad, la trayectoria que el espíritu ha de recorrer en el arcano más allá. ¿Perdura igual? ¿Cambia? Por encima de los caracteres más permanentes de Nervo, había en él cierta movilidad y fluidez del yo, que jamás le dejó plasmar en una forma rígida su maravilloso egoplasma. Era movable, ondulante, indeciso. Su fe cristiana no podía vencer al proteo interior. La sed lo hizo inconstante y disconforme. Lo atraía el misterio, y la dinámica de esa atracción, lo transfiguraba. No pudo acorrallar ni vencer a su múltiple esfinge. Su arcanidad le fecundaba las creaciones de su yo, que se le hacía y deshacía en un poema sin fin. Un hombre que no ha vencido al misterio, por fuerza tiene que oscilar en una interminable meditación, jamás dogmatizada. Es así como Nervo se sentía menos firme que el mar. Su alma, como el océano, matizaba en gradación infinita el fluir de su forma. Como el vestido de las nubes, así su espíritu cambiaba de colores. Sus nervios tenían la eterna impaciencia de las hojas. Si a veces le predominaba una expresión del yo, pronto el anhelo del enigma lo arrojaba a la carrera de la desesperación. Su pensamiento, participaba más, por largas épocas, del ensueño vertiginoso y de la ondulación del capricho, que de la lógica de cerrada cohesión que afirma su verdad en medio del abismo en que nos movemos. Así fugará Nervo de la realidad, aún en aquellos instantes en que ansiaba calarla y hundirle la quilla de su nave. Amaba en la realidad, sólo los sueños desde donde la contemplaba. No se sometía a la aceptación de las cosas, sino cuando eran como las había imaginado. Substituía lo real por lo fingido, aunque a veces comprendía, irónico, la gracia del escamoteo. Siguió así al ideal por sí mismo, sin poderlo fijar nunca, pues lo que le importaba era tenerlo, avanzar por él. Ah, volar, elevarse, purificarse, soñarse...! Soy una criatura fugitiva, exclamaba. Y se piensa entonces si después de la muerte su trayectoria habrá terminado en una imponente quietud, bajo el resplandor de las luces sobrenaturales, con una verdad eterna, impedido para siempre del ansia transfiguradora y de las agitaciones del proteo interior!

Este reconcentrado creador de sí mismo, este modelador de innumerables perfiles interiores, cortaba a veces en dos su alma, y fácil

dueño de su propia personalidad, podía ser así en graciosa alternancia, un santo y un diplomático, un hambriento de la subjetividad, un bebedor de los licores más sutiles del análisis y de la intuición egolátrica, y un hombre de mundo, elegante, galano conversador, artista de la palabra enmelada y convencional. En esto tenía también su sabiduría, y como en otras muchas cosas, era maestro en la escuela del gran mundo. Podía saber sin herir, mostrar su superioridad con ese tino y fineza a la que jamás llega el pedante, aparecer como natural y sencillo, sin perder su gravedad encumbrada; ser serio, pero con gracia; y como había visto muchas cosas, y recogido innumerables experiencias de la vida, y como se había asomado, y aún hundido, en muchos corazones, llegó a poseer a fondo la ciencia de los hombres, la más difícil y peligrosa de las ciencias. Conversaba como un admirable imaginativo y como un exquisito orfebre de la espiritualidad. A veces sabía pedirle a un largo silencio su bello ropaje de serenidad y distinción, pero prefería las generosidades de la palabra pintoresca, que vierte sal en la anécdota y líricas mieles en la galantería. A cada hombre, su estilo; pero a veces los hay que dividen su virtud, y contraponen lo exterior a lo interior, y son tan artistas en la superficie de la vida como en las honduras de la contemplación y del éxtasis. En Nervo predominaba lo último, pero no faltaba lo primero.

El estilo de su verso y de su prosa, evolucionó desde su juventud, lo mismo que su estilo de ser hombre, por adueñamiento de seguridad y maestría de sencillez. Desgraciado de aquel que antes de ser hombre es artista, o filósofo, o sacerdote, o sabio de cualquiera ciencia. Se pierde en una cosa particular y pone su limitación sobre su universalidad. Nervo hombre, no cede ante Nervo poeta. Su vida fué tan buena como su arte. Se vivió a sí mismo creándose como a un poema. La excesiva preocupación del oficio, va contra el oficio. De ser hombre antes que nada, viene una sobreseguridad por desaprensión y gallardía, un renacer cada vez más alto, una generosa retribución de la vida, que se ve colocada por encima de normas que la esclavizan y de oficios que la restringen. Nervo, por ese camino de desapego a las recompensas de su arte, se sobrepujó, cambiando fácilmente de ropajes y desnudando el grito y el canto, el gemido y la confesión. Culminó en un arte de pecho abierto y de palabra en flor. Se decía a sí mismo exprimiéndose con ternura deliciosa. Podó el verbo y tomó la expresión hasta la altura de la sinceridad. Hizo olvidar que el verso es verso y que la palabra es música y matiz. Lavó el idioma hasta la transparencia y se dejó ver por debajo de un estilo de cristal, que ni se siente. En esto hubo sacrificio y heroísmo. Pero tales virtudes vinieron al final, cuando la muerte incalculable, no por imprevista deja de trabajar en los terrores de la sangre, y las formas del arte ceden antes las formas de la vida, que a pesar de todo no se quiere perder.

Nervo fué siempre atraído por cosas de misterio. Vivan bien los que no saben que pisan en el abismo al pisar el polvo de la tierra.

Lo que ignoramos es infinitamente más que la lucesita de nuestra ciencia. Nervo, como todos los sinceros, tuvo la preocupación constante del arcano. Lo acosó por todos los caminos. Lo sondeaba en el tejido invisible de la materia y en el cuerpo gigantesco de las estrellas. Parecía nacido para sumergirse sin fatigas en el pecho de la esfinge. Era insaciable en la sed de las profundidades. Todo lo que se extraiga de las vetas últimas del abismo, al instante es repuesto, y agotar su sombra es hacerlo crecer. El estudio heroico no es más que agrandar el misterio. Por eso los hambrientos de la última revelación retroceden al final, y cierran con sistema rígido la fertilidad infinita del enigma. Nervo, desde joven, quiso intuir el sentido de la divinidad. Tal vez, sincero ante las tinieblas, no pudo continuar la carrera eclesiástica. Hipersensible, se lanzó más cada vez a lograr el tacto con ese mundo espiritual que él sintió actuando sobre el mundo corpóreo. En esa zona hiperfísica realizó sus más admirables viajes. A veces sus aguzados nervios captaban el fantasma de un eco, la sombra del suspiro, el alma del perfume, perdiéndose en una super-realidad vaga, temblada de espíritu, por donde sintió fluir lo desconocido de las finas esencias espirituales. Tras estas captaciones de lo inasible, intuía la presencia de lo enigmático, y desconfiaba entonces de las simplificaciones y síntesis rígidas de la filosofía y de la ciencia. «No sé»... esta es toda su sabiduría, en esas dos palabras desembocan todas las experiencias del misterio. Dios está oculto. De los muertos no sabemos nada. Es absurdo pedir razones de nuestro nacimiento y de nuestra destrucción. Nuestro destino, lo fundamental del conocimiento, se oculta siempre. Lo absoluto es inaprehensible, no hay red para la esencia. Serenemos de nobleza y resignación la fiebre y llevemos la cruz como el Maestro. Religioso, Nervo, por estremecimiento interior y por dulzura, ahoga la protesta en el instante en que la negación triunfaría, y acepta la divinidad como una fatalidad del pensamiento. Su meditación atraviesa valientemente las tinieblas, lucha con ellas, las horada a fuerza de preguntas, pero acaba por caer en Dios, cuya belleza, bondad y justicia, las crea él mismo, poeta al fin, con una desesperación de naufrago.

Si por un lado pide Nervo a la intuición lo que no da el análisis, por otro extrae del sueño lo que no rinde la vigilia. Defínelo como a un estado de divinidad, como a una luz oculta que sucede a la luz manifiesta y falaz del día. Vida hay una sola, pero ésta se mueve en distintos planos. El sueño la desplaza en el sentido de la elevación. ¿Qué hace el espíritu mientras el cuerpo duerme? ¿Puede fatigarse y reposar lo esencial y divino? Que duerma el barro corpóreo en su oscura densidad, el alma, entre tanto, vuela por realidades más verdaderas que la terrestre, y en contacto con las cosas divinas y eternas, se purifica. En ese vagar del espíritu, las fuerzas angélicas lo arrastran. Una impulsión celeste dinamiza el estremecimiento de sus grandes alas. Cae la venda de la visión, pues los ojos son de materia y obstruían la pura luz que no los pasa. Ahora se ve hasta el fondo. Sólo de noche, en el sueño, es posible participar de la espiritualidad suprema de los dioses. El infinito queda abierto al alma, que ya

libre de las prisiones astrales, se desliza por el más allá, de las estrellas y las sombras. Las ventanas de lo inefable se han abierto, y lo que era misterio a la luz ilusoria de los días, se hace de revelación suprasensible en las grandes iluminaciones esenciales del ensueño.

Ya dijimos que se preocupó Nervo del estilo de ser hombre, acaso más aún que de su estilo de ser poeta. Juzgó su vida como montaña, si ancha de materia en el hervor sensual de la juventud, aguzada y pura, en atrevida cumbre, al madurar sus años. Su ser fué transfigurada progresión. Artista de sí mismo, se perfeccionó por simplificación y ahondamiento. Su sondeo lo purificaba. El ejercicio de la autorevelación, si bien no extinguió la sed nunca, en cambio le creaba más sublimes aptitudes. El fondo humano es siempre misterioso y por mucho que de él se extraiga, nunca se agota la zona de sombra de las vetas invisibles. Nervo se contemplaba como a un manantial que cada vez que de él elevaba algo a la luz de la verdad, inmediatamente, por profundidad nueva, creaba su otro misterio. El ritmo interior de Nervo fué tomando una ondulación más flexible. Su estilo ganó poco a poco en temblor y fluidez. Creía en la existencia de un mundo espiritual, que él captaba en toda su sutileza, y lo veía actuando sobre el mundo corpóreo. Lo hiperfísico predominaba sobre lo físico. Le era más real que esta zona en que nos movemos, aquella suprasensible, que trasciende más allá de la materia. A medida que penetraba en esa ultrarealidad, su arte de ser hombre se iba afinando en un temblado deslizamiento de música. Así lo trascendentalizaba todo, y al proyectarse hacia afuera, el universo mismo le parecía tejido con la sustancia del espíritu. De ahí su amor a toda ciencia y experiencia psíquicas y su desesperada inmersión en lo subconsciente, hasta sentir cómo se elaboraba en su fondo lo primordial de nuestra vida, y singularmente, lo culminante del arte. Su fe en el mundo interior, en la verdad de los adentros espirituales y en el relámpago de la intuición, le hizo sentir y captar ese estado de delirio, de divino tránsito, esa sensibilidad exaltada y profunda a la vez, que según él, era la creadora de su arte. Llegó como pocos a ese sumergimiento en lo subconsciente. Igual a los místicos, vivió dentro de esos sondeos peligrosos del espíritu. Volaba tras su yo trascendente, hasta convertirse él mismo en Dios, al pasar del yo inferior al yo superior, y entonces disfrutaba, ebrio de más allá, el roce de las esferas sobreas-trales, para cuyos viajes tenía una mente de alas angélicas.

Por momentos, la juventud de Nervo fué atraída y arrebatada por el espectáculo externo de la tierra. No podía concentrarse sino metiendo en su ser todos los contornos y las superficies de la realidad. Vivía de la maravilla de las formas y de los colores. La naturaleza lo robaba de sí mismo, la fiesta de los sentidos se le entraba hasta sus adoraciones religiosas. Mas después esencializó su universo, simplificó su ser hasta la vertical de la raíz cósmica, y vivió hacia adentro, y el paisaje por donde fué perdiéndose fué el paisaje de su propio espíritu. Y entonces existir no fué para él tanto verter el alma

y la curiosidad del alma en el mundo exterior, sino recogerse en sí mismo y hermetizarse adentro de su espíritu para exprimirle las esencias inefables.

Por sed de misterio, por sensación de sombra, por posibilidades de ensoñación, por ansias de hundirse en lo impenetrable, Nervo sintió con intensidad, la atracción, el hambre, la poesía de la noche. Su dolor y su placer crecían desde la luz de la estrella hasta la densidad de la sombra. Sutil y místico, acaso entendiéndose que la noche era la más honda expresión de lo vago, de lo enigmático, de lo sordamente cósmico, de lo universal infinito. La tierra habla de día bajo la potencia del sol, cuya luz vierte el verbo de la sensación y de la voluntad concretas. Las honduras de la noche transmiten el verbo de una realidad más trascendida y más profunda. La mentira azul del cielo matinal, al obstruir el infinito de las tinieblas, crea una ilusión tan brillante como útil para la actividad terrestre de la vida, y nos ciega el más allá, de tanta luz. Al entrar en la ola del sol, rodamos por el inmenso océano, pero ya no lo vemos. El día nos disminuye las dimensiones del espíritu. La noche, sin colores y sin ningún límite de luz, nos acerca más, nos pega casi a los símbolos de la verdad indescifrable.

En breve prosa ha hecho Nervo el elogio de la noche, acicateado por dos versos de Chocano, en que éste brindaba por el sol rey, entendiéndose que sólo de noche Satán cruzaba por el cielo. La diabólica sensación de la noche del poeta peruano, excitó más aún el ansia angélicamente nocturna de Nervo, y entonces, contrapone la noche al día, divinizándola en un transfundido júbilo de su corazón. Siente en las tinieblas la incubación de los astros, el crecimiento del orden universal sobre la materia nebulosa, la fuerza reveladora de la sabiduría total, pues la noche sorbe la azul limitación del día, y el todo sin fin se revela a los ojos saeteantes del hombre. Sintió la maternidad de las sagradas tinieblas, y adivinó, con la esperanza, la ultravida del más allá, ofrecida al espíritu como vencimiento de la venedora muerte. Es allá, en la morada perfecta de las estrellas y en el cuerpo, sobreluminoso de las sombras, «donde nos dormiremos hombres para despertarnos ángeles», retornando a la esencia psíquica, a la patria de la inteligencia, de los sueños y de los éxtasis.

Nervo astrónomo, viaja en visión sobre el cielo océano. Doble sed humana arde en su ojo firme de goce y de misterio frente al lente que atrae las insondables distancias. Observa y analiza como astrónomo, y compenetra y supervive como místico. La verdad que inquiere se une a la embriaguez que lo enloquece con el delirio de lo infinito. Se identifica a lo absoluto y lo sobrecoje el temblor de una poesía cósmica. Siente como estrofas de números en las series armónicas donde el matemático reduce a medidas humanas el misterio de las dimensiones, creyendo, en un sueño no menos poético que el de los mismos poetas, que nuestro concepto y nuestros símbolos de medida,

coinciden con el desenvolvimiento real de las formas universales. Con una sensibilidad exquisita, con un afinamiento prodigioso de espíritu, se sumerge Nervo en la revelación musical de la noche. La astralizada sombra nocturna es para el sondeo visual, sí, pero por una transfiguración de los datos externos, se puede trasponer la sensación de los puntos de luz y de sombra, a la percepción auditiva, colocando los acordes de los motivos armónicos de la visión bajo los acordes de los motivos armónicos del sonido. Y es que en el fondo hay una raíz matemática común a ambas armonías, y por el puente de la geometría se pasa fácilmente, una vez en el secreto del abismo, de la luz al sonido nocturno. Este ejercicio de la imaginación es finísimo, y en sus trasposiciones hay siempre una creación de orden artístico, que nos lleva a una verdad esencial, trascendida más allá de la ciencia y de la filosofía mismas, y que obra como un instinto creador de la vida, más vinculado al arte que a toda otra actividad de orden espiritual. Ciencia y filosofía culminan siempre en un poema de últimas imaginaciones, al concretar en fórmulas gigantescas sus deseos de verdad. Más la verdad pura no llega nunca. El hombre crea siempre las visiones de la verdad que necesita para cada siglo, y esa es la gran fuerza y el gran aliento de la ilusión artística del conocimiento. Aún los hombres más alejados del arte están fatalizados por la necesidad con que la imaginación crea la inmortal omnipotencia de los sueños.

Nervo nocturno, musicalizaba pitagóricamente el vuelo astral del universo. Abriasele el cielo a sus ojos como una titánica serie de acordes de amor, en la infinita selva de los astros, herida de dulzura y magestad por un viento de ideas divinas. La dibujada disposición de las constelaciones, el movimiento seguro, largo y rítmico de las estrellas, el geométrico desarrollo de las órbitas, los colores estremecidos del fuego abismal, el compás de anchura sinfónica con que se desenvuelven los grandes motivos cósmicos, las espirales genésicas de las nebulosas, la vibración oculta de las fuerzas mágicas que sólo percibe el nervio celeste del iniciado, el deslizamiento de los instantes en el inasible devenir de la sustancia, el aliento glorioso de los astros nuevos y la melancólica declinación de las estrellas casi extinguidas, el ímpetu de la idea universal que va plasmando el cuerpo inmenso de la noche, todo el conjunto del cosmos desprendía en su oído oculto una prodigiosa audición de su espíritu instrumental, donde los seres incendiados del espacio vertían una sobreluz de músicas ideales. Proyectándose del todo en la sombra, iba bebiendo esa extraordinaria armonía. Al girar los ojos por las tinieblas, la sinfonía cósmica pasaba por ellos como un río. La anotación rítmica y tonal se le dibujaba en la obscuridad mediante las líneas calientes y espirituales del fuego. Cábala y teosofía exaltaban su imaginación nocturna. Su alma misma raptada a la densidad terrestre, se metamorfoseaba en una transfiguración del cielo, y por indecibles corrimientos de líneas de luz sobre planos de sombra, su egoplasma se fluidizaba en una gigantesca imagen musical. Todo el esquema visual de la noche se superponía de un modo abismado al esquema sinfónico de la creación. En

ese instante se embecía, extático, en las ignotas bellezas. Oía el idealizado concierto de los orbes, captaba el sonido que trasciende del mutismo nocturno. Y tras el anegamiento armonioso, el todo se le revelaba como música, y el prodigio del acorde mágico absorbía la realidad entera para devolverla musicalmente: astros, abismo, alma, Dios mismo, todo entraba en esa gigantesca trasmúsica.

Quedó imantado Nervo por la noche, hasta para la hora de la muerte. Sus ojos, que giraban bajo la atracción del abismo estrellado, sintieron el tirón magnético de los astros, y soñó que en la hora de la muerte se escaparían dos veloces luces de sus órbitas, finales flechas de su sed nocturna, y que la vibración espiritual de ese destello se transfundiría en el incendio de los grandes soles. Pensó que sus ojos eran estelares en raíz y en esencia, y que habrían de volver, terminada la edad terrestre, a su fuego original. Por su forma, por su transparencia, por su luz, los ojos están ya en remoto acorde con las constelaciones, y como al centro de una esfera cargada de misterio, cada astro tiende un radio luminoso que entra por la diminuta grieta de las pupilas y dibujan en el microabismo de la retina, la imagen musical del universo. La magia de la sensibilidad aprehende el reflejado macrocosmos, y el cerebro, como un imán lo atrae a su caja amplificadora, y la cabeza acaba por llenarse con el cielo infinito. La imagen, que acaba de pasar por la finura del nervio, adquiere en nuestra mente una dimensión gigantesca, que nosotros consideramos la exacta y verdadera, sin saber hasta dónde la dimensión lograda, coincide con la real. Si superponemos a la curva del ojo un lente de cristal que acrecienta el pequeño universo estampado en la retina, se amplifica nuestra visión del cosmos, y todo el espíritu se corre por una nueva dimensión, que también podríamos imaginar más real que la anterior. Así, pues, los datos minúsculos de nuestros ojos, proyectados al espíritu, juegan de tal modo con las matemáticas de la creación, que una pequeña variante de la curva ocular, transfiguraría en amplitud o en disminución toda nuestra representación del universo. Esa es la esencia mágica del plano sensible de nuestro ser, de la cual el espíritu puro desea escapar, para no ser engañado, como por una grieta de lo suprasensible, pero también lo suprasensible trabaja sobre una serie de sensaciones afinadas hasta el ensueño, y que acaso no tengan más realidad que la del ensueño mismo. Lo hipersensible está tejido también con esencias ópticas y auditivas, y se logra sólo por afinamiento del plano sensible, al sustituir ansiosamente el dato externo por el impulso interior, la potencia objetiva por la subjetiva, pero sin lograrlo nunca del todo. Quedan fatalizados como puentes entre lo interno y lo externo, el cristal del ojo, y la lámina del tímpano. No podía menos, pues, Nervo, que divinizar hasta un origen celeste el misterioso funcionamiento de la visión, la maravilla de los ojos, puntos céntricos de cada universo reflejado por el hombre, sobre cuya fuerza creadora de imágenes, construimos lo mejor de nuestro ser, pues el torrente de la visión, es el que va ensanchando, hasta oceanizarlas, las márgenes del espíritu.

Una esencia de ultramundos, celestial y mística, parece que hubiera encarnado en el ser terrestre de Nervo, y junto con ello, la tristeza y la espiritualidad de la patria perdida y la aspiración al retorno inefable, más una cierta realización de ese regreso en el volar de su poesía nocturna. El éxtasis de las estrellas lo transfunde hasta sentirse en el espacio puro, sin apoyo en la materia estelar, diluido en una sustancia angélica. Escucha en el océano cósmico el pasaje de las grandes flotas de astros, y recorren sus nervios el éter estremecido por las selvas de estrellas. En un mar sin peso, sostenido en sí mismo por la virtud con que el espacio es espacio apoyándose en su propia esencia, el alma de Nervo se despliega como el ala de un ensueño. Goza el amor de las estrellas dobles, astrales parejas del infinito vuelo, recuerda el color sin par de aquellas gemas colosales, los soles solitarios y los ya extinguidos, de cuyas muertes enormes ni podemos soñar el majestuoso aspecto, y revive en la emoción las humanidades totalmente disueltas en el frío esteril de los cadáveres planetarios. ¿Qué fuerza arrojó al poeta a este sanded de la creación? ¿Qué sed lo hizo imaginar este viaje de luz y sombra, de vida y muerte, a la vez? Tremenda visión vieron sus ojos, y se aterra de su audacia, a medida que la describe. Pero es que Nervo trajo ya el contacto de la noche y de sus inmesas potencias. Parece que después de ese titánico vuelo, debería haber quedado muerto, más he ahí que la vida le sigue golpeando en el fluir de las arterias, después de que esta cosa pequeña que es el hombre pudo captar en la red de su anhelo el infinito estremecimiento cósmico y abarcar las insondables profundidades de la noche.

Después de tantas experiencias de alta sombra y de raptos siderales, Nervo quedó como arrebatado para siempre por la noche. Venido por la sugestión y por el encantamiento de los orbes, sobrepasó su propia ciencia astronómica por la invasión de la fe, que él sobrepuso al sentido de toda ley universal. Concebió, no el fenómeno, sino la insodable esencia de la gravitación, percibiéndola como una energía de orden espiritual, de invisible actividad. Las fuerzas que escapan a nuestros ojos, tal vez sólo soñándolas, lo llevaron hacia un concepto espiritual del último tejido de la sustancia. Alimentaba las esperanzas de esa idealización de la materia, pensando en la forma como escapan algunas actividades recónditas de la misma, a toda percepción directa. Es así como Nervo meditaba en los rayos X, en la luz ultravioleta, en el radio, en las ondas herzianas, en la energía intra-atómica. Creía que si el ultramicroscopio nos revelase al átomo, éste se disociaría en sutilísimos elementos, que acabarían por conducirnos de nuevo a lo «invisible absoluto». En último término, por abajo de la trama finísima de la sustancia imaginaba la disolución de su último y más tenue sostén. «Quedando solamente la fuerza creadora, cuyo oleaje va y viene omnipotente». Desde ese punto, al que sólo llegaba como aficionado a la astronomía minúscula del análisis de la materia, se desviaba fatalmente, hacia una concepción de carácter espiritualista, donde pudiera volar libremente su fe religiosa y su anhelo de inmortalidad. Acababa así rechazando toda oposición entre fe

y ciencia, y profetizaba una religión emanada de esta última, cúspide de todo esfuerzo humano, que liberaría a los hombres de sus tristes limitaciones actuales y los haría comulgar en un infinito abrazo de almas.

Hombre de anhelada serenidad, bregó Nervo por un ánimo quieto, y se dejó correr con dulzura hacia una delicada paz. Fué necesario dominar las vacilaciones interiores, discutirle a la duda su indecisión, no dejándole ironizar las conquistas de la fe, y todo esto lo hacía sin dejarse ir por un camino demasiado fácil. Hay serenidad por aislamiento radical. Cerrarse a todo, no entrar al torrente de la vida, ahuyentar los problemas sin plantearlos siquiera, tapiar el espíritu, caer en la piedra. Esa tranquilidad sin nervio y sin pensamiento, es sólo mutilación. Truncamos el ser hasta anonadarlo. No podía ser esa la serenidad de una mente tan activa y tan sedienta como la de Amado Nervo, sino que llegó a un alto reposo por el camino de las batallas. Recién tras el humo de los incendios entraba en su feliz aquietamiento por sendero de cenizas. Fué menester la combustión de todo el instinto: quemar la selva. Hizo arder la pasión hasta atemperarla en la dulzura. Armonizó los sentimientos hasta que todos confluyeron a un vértice común. Refrenó el aspecto negativo de la inteligencia, evitando los análisis excesivos que acaban por pulverizar el cimiento de las más bellas ideas. Equilibró el ensueño con la razón, aunque dió la mejor parte al ensueño. En fin, hizo del espíritu un juego prodigioso de actividades contrapuestas, pero armonizadas de acción interior, para lograr una serenidad semejante a las de los astros que giran obedientes a un orden superior, determinado por las grandes leyes cósmicas.

Llamóle a su serenidad montaña, indicando así de que modo era trabajoso llegar hasta esa soledad espiritual. La ascensión a la cumbre simbólica, no fué sino afinamiento del ser, gradual renuncia a la materia, levantado vuelo en las puras distancias. Ancha de piedra es la base de la montaña, poderoso su cuerpo, más su vértice, un punto. La serenidad no es sólo el vencimiento de la pasión, del instinto, de la atracción sexual, sino el ordenamiento y la idealización de lo que inevitablemente queda para sostener la densidad fatal del hombre. Una sagaz vigilancia de la vida sobre sí misma, preside esta depuración. El ser interior logra una casi materia angélica que tira todo el resto del hombre hacia ella. El joven, a pesar de sus raptos desesperados, no consigue evitar la vasta pesadumbre de la montaña que ha de subir, más atreve el pie sobre las terribles raíces de la cordillera. Recién al culminar la vida, ésta se habrá dignificado como para levantarla a modo de poema de plenitud y de serenidad. Dominio y paz se hermanan. Es entonces que se anhela el aquietamiento para dar tregua, y mejor aún, remate, a las batallas de afuera y a las de adentro. Callan los labios a las fáciles quejas de los hombres. El espíritu se basta a sí mismo. Vista la vida desde lo alto, en el sueño del pasado, es posible ya bendecirla, pues dió lo que pudo dar. Un vasto perdón

suaviza la sonrisa ante sí mismo y ante los hombres. Todo lo esperado, fué. Lo bueno parece regalo. La sed está dominada en su boca de fuego. Y se piensa que somos los responsables de nuestro destino. La vida surge como obra de nuestros anhelos. El interior arquitecto le dió la forma. No se aspira a más. La miel o la hiel de las cosas, salía de nuestras vertientes. Y todo tuvo el sabor que nosotros le dimos. El que siembra el bien lo cosecha fructificado en belleza. Es justa la final declinación. Lo que nació, debe morir. ¿Morir? Nervo esperaba otra cosa: volver a nacer! A fin de cuentas, vida y hombre pueden reconciliarse en un inmenso abrazo al terminar el poema terrestre, y si algo justifica esta paz inefable, es el recuerdo del amor en el alma y en el universo, última razón de ser según el pecho del poeta!

En las alturas de la serenidad, quedó el poeta sobrepuesto al mal y al bien. El mundo se le apareció como la palabra de Dios expresada en la forma. Era optimista por divinización de todo lo creado. El ala del verbo celeste lo levantaba a las supremas afirmaciones de la vida. Ni abierto de dolor en la más trágica cruz, debe romperse para Nervo la íntima y quieta posesión de sí mismo. Al final de la vida ha de surgir la beata paz, y como una preparación para su serenidad, es necesario que la vida entera se convierta en manantial de bondad y amor. Cielo y mar son altar y ensueño. La onda sabe morir, porque se deshace en melodía. En medio de su otoño de oro, Nervo se fué corriendo hacia un gran silencio contemplativo, y la callada sombra se le ofreció entonces como puente tendido al más allá. Mató el deseo como un budista, para extirpar el doloroso cambio, que deforma, y a veces impide la unidad con Dios. Sencillo cada vez más, bebió el agua en el hueco de la mano, y su voluntad se descargó hacia adentro, en las arcanidades del alma, de las cuales disfrutó las supremas músicas. Vióse crecer en dimensiones de pureza, hasta que un día su reino no fué de este mundo, y anduvo entonces el camino con alado pie, buscando en el vuelo sostenido, más que el tacto con la tierra, el delicioso rozamiento con las estrellas. Así aprendió a no negar, por demasiado sabio, las maravillas de Dios, y como Job, dobló la frente ante la tremenda potencia del creador. Quebrando todo ímpetu prometeano, no arrojó la flecha de la negación hacia lo invisible, y con un delicado acatamiento, cristiano al fin, puso las rodillas en tierra y bajó la frente hasta tocar el polvo, como temeroso de que la inteligencia, que arde de ironía en el arco de la frente, clavase su espina venenosa en el azul de Dios.

(Continuará)

Carlos Sabat Ercasty.